

# CON-TERRÁNEOS Y CON-TEXTUALES: ISIDORO REQUENA

González Rosario, Wilfrido José\*  
Universidad de Los Andes  
Venezuela

## Resumen

Isidoro Requena inicia de modo formal e institucional los estudios sobre la Literatura Trujillana en 1982. Posee sobrados méritos como iniciador de una tradición filosófica y científica de interpretación y contextualización de la misma, que ha contribuido al conocimiento de la identidad narrativa trujillana. El conocimiento de nuestra identidad narrativa nos ha permitido situar la relación entre literatura y sociedad, entre relato e historia, a partir de sus estudios en torno a la obra de Paul Ricoeur y de la constitución inicial de un canon de la narrativa regional. La labor de Isidoro Requena y otros investigadores revela las ideas, las costumbres y la utopía de los pensadores de una región y de su pueblo. Además de aportar elementos que ayudan a la reflexión en torno a la identidad regional y al proyecto histórico de la región. Sobre este legado, que ya constituye parte inalienable del patrimonio histórico-cultural de los trujillanos, se advierte una revigorización de la investigación y de la acción cultural en torno a los valores fundantes de la trujillanidad.

**Palabras Clave:** Literatura Trujillana, Cultura Trujillana, Identidad, Novela, Ensayo.

## Abstract

Isidoro Requena started in formal and institutional studies Trujillana Literature in 1982. It has more than enough merits as an initiator of a philosophical and scientific tradition of interpretation and contextualization of the same, which has contributed to the understanding of Trujillo's narrative identity. The knowledge of our narrative identity has allowed us to put the relationship between literature and society, between story and history, from his studies about the work of Paul Ricoeur and the initial formation of a canon of regional narrative. The work of Isidore Requena and other researchers reveals the ideas, customs and the utopia of the thinkers of a region and its people. In addition to providing elements that help reflection on regional identity and historical project in the region. On this legacy, which is an inalienable part of historical and cultural heritage of Trujillo, we see a reinvigoration of research and cultural activities around the fundamental values of the trujillanidad.

**Keywords:** Literature Trujillana, Trujillana Culture, Identity, Novel, Essay.

\*Magister en Literatura Latinoamericana. E-mail: wilfridojose1969@gmail.com

**Finalizado:** Trujillo, Enero-2011 / **Recibido:** 8 de Mayo-2011 / **Aceptado:** 5 de Junio-2011

*No se cierra un  
pasado con muros tan sórdidos  
que impidan el eco de las voces antiguas.*

**Mario Briceño-Iragorry**

### **Pionero de la interpretación literaria**

Isidoro Requena posee los innegables méritos de haber formalizado e institucionalizado los estudios literarios y culturales sobre Trujillo en el ámbito académico y universitario, a partir del año 1982 con la creación del “primer grupo interdisciplinario humanístico del NURR” (Requena, 2009:55). Este grupo gestó el proyecto **Mario Briceño-Iragorry: 25 años de su muerte**. Esta labor lo incluye indefectiblemente en la honrosa categoría de los pioneros, es decir, de aquellos individuos que zanján camino en lo desconocido, que señalan rumbos no sólo para sus propias y presentes indagaciones, sino que avizoran las disquisiciones y emprendimientos de futuros investigadores.

El primer fruto de esta empresa intelectual fue la publicación al año siguiente del “Anuario del Centro de Información y Documentación (NURR-Trujillo). Sería el comienzo de una ininterrumpida sucesión de proyectos de investigación personales y colectivos, con publicaciones cada vez más sistemáticas y participativas, que hoy constituyen un legado patrimonial en la región.

Como antecedentes suyos, es preciso reconocer los invaluable aportes que en tal sentido configuraron, principalmente desde la crónica, los intelectuales de los siglos XIX y XX, tales como, Rafael María Urrecheaga, Amílcar Fonseca, Américo Briceño Valero, Víctor Valera Martínez, entre otros, y quizás el más reconocido de todos y con la obra más profusa y determinante: Mario Briceño-Iragorry.

Con un sentido totalizador y omniabarcante, que desafía la lógica y que rebasa todas las fuerzas y los esfuerzos

habidos y por haber, Isidoro Requena funda sus investigaciones en la amplísima categoría del relato, topándose así en todos los espacios y tiempos, principalmente en los siglos XIX y XX, con todas las formas promiscuas y plenas de lo literario, en una literatura regional en gestación, a la que él mismo metacríticamente iría dando cuerpo con sus estudios.

Tuvimos la fortuna, siendo jóvenes estudiantes de pregrado, de participar aunque fuera por breve tiempo, en los apasionantes arcos de la prensa trujillana de los siglos XIX y XX, resguardada en microfilmes por el Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”, de Mérida, en la honrosa Biblioteca Pública “Mario Briceño-Iragorry” de nuestra ciudad de Trujillo. Era una búsqueda que él dirigía, acotaba, sistematizaba, y con esa breve experiencia pudimos relacionarnos con su quijotesca tarea -inconclusa lógicamente- de ubicar todos los relatos trujillanos para presentes y futuras investigaciones, cuyo resultado es una especie de mapa para futuros navegantes.

### **El lenguaje de nuestros mitos y de nuestra identidad**

Los trujillanos poseemos relatos sobre un mito (o acaso dos) contrario al de Narciso, el mito griego, de aquel personaje que se embelesaba en la contemplación de sí mismo, haciendo imposible el diálogo y el amor con los otros, sumido en su mismidad, yaciendo en su engañoso reflejo. Nuestro mito parece aludir a una enorme dificultad para mirarnos, para reconocernos, ignorando las facciones de nuestro rostro, negando al nos-otros de nuestra inmediatez: nuestros hermanos, nuestros con-terráneos y nuestras con-textualidades. Una frase pensada más allá de lo regional parece resumir esta tendencia: “Nuestro egoísmo nos lleva a sentir como favorable a nuestra carrera pública el descrédito de los venezolanos de ayer y de hoy. Nos cuesta honrar a los otros.” (Briceño-Iragorry, 1972, 46)

Si el narcisismo conduce a la orfandad, tornando el diálogo imposible, por su parte, el

desconocimiento de sí, conduce a la pérdida, al extravío, al no saber dar razón propia, en consecuencia, a la menguada autoestima, a la negación, al ocultamiento, constituyéndose ambos casos extremos en formas simples, vacías, inútiles y carentes de vitalidad ante el reto que encarna la complejidad de lo humano, su dialéctica, su “incompletud”, su necesidad de rehacerse en la acción y complementarse en el convivir y reflexionar con los otros.

Isidoro Requena se anticipa formal e institucionalmente a la búsqueda del talante propio de lo trujillano en el campo de los textos y los contextos, dando el asidero científico y metodológico, a lo que fue espontánea y autodidacta labor de nuestros intelectuales, tanto escritores, como historiadores y cronistas, quienes en mayor o menor medida, contribuían a aportar unos primeros espejos de nosotros mismos en las aguas trémulas de nuestro conflictivo pasado.

Probablemente no hay un modo justo de valorar la trascendencia de la obra de Isidoro Requena si no partimos de esta presuposición que nos acompaña, de este vacío de definición de lo propio, de esta dolencia que acompaña el costado de la obras intelectuales de los trujillanos, y que también fluye en la quejosa tertulia cotidiana que intenta mirar las relaciones con el terruño y con los conterráneos.

Si bien es cierto, que muy tempranamente Trujillo es reconocido por los propios conquistadores y cronistas de Indias, como una especie de unidad en su diversidad, estableciéndose el hermoso nombre de “Provincia de Los Cuicas”, por lo que sobre esta territorialidad y cultura aborígen, se va a sobreimponer con la violencia de la conquista -como en un palimpsesto-, lo que será la ciudad, la parroquia, el municipio, la provincia Matriz de Trujillo-.

Evocamos el relato del mito del caté o el hicapé<sup>1</sup>, seres semejantes, ya aparecieran al fondo de una quebrada o en la alta y desolada

cumbre de los páramos, como seres partidos a la mitad, presumiblemente por los rayos y quién sabe por qué castigo o designio terrible de algún Dios, condenados a vagar y a desplazarse de un modo tan extraño por lugares solitarios. Estas tradiciones orales nuestras, casi olvidadas, que probablemente no sólo aluden a la simetría de nuestro cuerpo y a la duplicidad o ambivalencia de nuestras almas, sino que probablemente intuyen, describen y advierten que un ser incompleto, fragmentado, partido, se reduce a su lado negativo, padece de propensión al mal. El caté o el hicapé, al carecer de su propia complementaridad, en este caso, la mitad de su cuerpo, la mitad de su cerebro, con el alma escindida, es en esencia un ser maligno. Los trujillanos –como cualquier otro ser humano en este mundo- cuando funda su existencia en la mezquindad, en la insolidaridad, carece de la complementaridad del otro, de la fecundación del diálogo con el diferente, acucia la imposibilidad de captar la trascendencia del Nos-otros.

El proceso de autorreconocimiento del trujillano ha recorrido un largo camino, que va, del desconocimiento y de la negación de sí, por lo tanto el desconocimiento y la negación de los otros –mis semejantes-, al conocimiento y reconocimiento de sí, a la aceptación y afirmación de sí mismo, por lo tanto, de la propia cultura –las contextualidades- y de los con-terráneos. Es un viaje de retorno, en plena marcha.

En el aspecto político dicho autorreconocimiento llegará mucho antes, con la Independencia, por parte de las élites económicas e ilustradas de la región y desembocará en el proyecto autonómico regional que se fusionará con el proyecto independentista nacional, insuflará las energías que darán un protagonismo fundamental a la región en la Independencia de Venezuela, como una de las siete provincias fundantes, y en el sacrificado sostenimiento y triunfo de la larguísima y onerosa guerra de descolonización (1811-1826).

Es indudable, que tanto las élites coloniales, así como las élites de la independencia, que como clase social tuvieron una continuidad en el control y en la definición de los destinos políticos de la región, alcanzaron un reconocimiento de sí, no sólo en el sentido territorial cultural de lo trujillano sino un autorreconocimiento como clases sociales dominantes que ejercían una hegemonía política y cultural en sentido gramsciano. Tal autorreconocimiento se fundó sobre la exclusión del otro: el indio, el negro, la mujer, el campesino, el niño, la niña.

Pareciera –y para esto serían necesarios estudios sociológicos precisos- que en el siglo XIX los árboles impiden ver el bosque, y que las luchas intestinas, interminables y casi indescifrables, entre las facciones del poder terrateniente y comercial, bajo las banderas liberales y conservadoras, minan cualquier proyecto trascendente de la región en el contexto nacional. Tan sólo emergen proyectos de haciendas ampliadas devenidas en ámbitos de administración política.

Quizás por eso mismo es en este siglo en que comienza lo que se conoce como la literatura trujillana propiamente dicha, la cual si bien habría que reconocer, finca sus raíces en “El Canto Guerrero de Los Cuicas” y en las Crónicas de Indias –por ejemplo, Fray Pedro Simón, en sus Noticias Historiales de Venezuela, quien estuvo en Trujillo hacia 1612-, es en el último tercio del siglo XIX cuando empieza a perfilarse como una literatura con rasgos propios, como un reconocimiento, como un explorar autorreferencial de sí mismo, como una autocrítica, como reclamo hacia un proyecto colectivo dignificador y trascendente.

En medio del vaivén y del encono fratricida que desgarró el siglo XIX trujillano, y las dos primeras décadas del siglo XX, impulsado por los proyectos particulares de las alianzas de los terratenientes-comerciantes devenidos en caudillos, quizás por oposición y contrapeso a esto, comienza a parpadear desde el campo de lo civil, de sus intelectuales, -para

nada ajenos a la lucha política-, ese proceso de autorreconocimiento que recorre sus relatos.

También en el ámbito educativo habría que preguntarse por el aporte aún no desentrañado de valiosos intelectuales y escritores nacidos en el siglo XIX como Tobías Valera Martínez y Andrés Lomelli Rosario, entre otros, en la fundación de una tradición pedagógica transformadora. “Me atrevo a opinar que nuestros intelectuales trujillanos, en las últimas décadas del siglo XIX, toman conciencia de su papel de testigos de la historia trujillana, de memorizadores colectivos.” (Requena, 1992, 27)

Es en este contexto que se abona el campo cultural y literario para poder engendrar expresiones literarias posteriores y fundamentales, tales como, la vasta y significativa obra de Mario Briceño-Iragorri, la Geografía de Américo Briceño Valero, de 1920; la obra historiográfica de Mario Briceño Perozo, Arturo Cardozo o la crónica histórica de Manuel Andar Olívar o de Lourdes Dubuc de Isea, así como los escritores de trascendencia nacional e internacional como lo han sido en la narrativa Adriano González León, Ednodio Quintero u Orlando Araujo (barinés y trujillano a un tiempo) en la poesía Ramón Palomares, Francisco Pérez Perdomo o Ana Enriqueta Terán, o en el ensayo literario, el propio Domingo Miliani u Oscar Sambrano Urdaneta, por sólo nombrar algunos de los casos más conocidos.

Por otra parte, aunque parezca contradictorio, quizás esa ambivalente condición de la identidad trujillana, que se niega y desniega, obnubilada por las riquezas de la Venezuela petrolera, que se achica en su comparación ante el desarrollo explosivo de las grandes urbes del país, como Caracas o Maracaibo, y que se percibe a sí misma como pasado, atraso, ruralidad, tuvo en la labor de sus escritores una extraordinaria afirmación de su riqueza cultural soslayada.

Tendría que ser estudiado cómo los mecanismos implantados en la educación, con el apoyo de los medios masivos de comunicación, contribuyeron con sus discursos anclados en el positivismo y en el desarrollismo, a configurar una imagen negativa de sí mismos, a través de simples categorías opositoras de la modernidad como progreso-barbarie, desarrollo-atraso, urbano-rural, ciudadano-campesino, ilustrado-ignorante, “culto”-analfabeta, capitalino-provinciano, rico-pobre, blanco-indio/negro, que enmarcaron la valoración cultural nuestra durante los siglos XIX y XX.

Lo que en los más conspicuos representantes de la intelectualidad trujillana se manifestó como la contradicción entre la falta de un proyecto histórico regional trascendente e incluso (y nacional también) y de una auténtica valoración de la identidad, la diversidad y la cultura propias, también adquiere su carácter contradictorio en nuestras mayorías campesinas e iletradas.

Para el poblador tradicional y mayoritario de Trujillo, inmerso en una cultura oral y agraria, seguramente la disquisición teórica entre las categorías opuestas de la modernidad fue un asunto ajeno a su cotidianidad, pero esto no quiere decir que no sufriera las huellas del maltrato que esta concepción cultural le proporcionaba, discriminándolo, negándolo a sí mismo.

Bajo esta concepción cultural ajena se excluía los valores y prácticas más genuinos de la cultura regional pues se consideraban como una rémora o cosa indigna que debía ser superada. Así como al indígena cuicas se le negó su cultura durante la Conquista y la Colonización española, derivando incluso en la desaparición de su lengua, asimismo se le negaba durante la República su cultura al campesino mestizo trujillano. En consecuencia, frente al saber de sí, producto de la experiencia, de su conocimiento de las artes y oficios, que le permitían su sobrevivencia, de sus relatos y mitos de su mundo oral, que lo afirmaban como diferente y genuino,

se oponía desde los atributos dominantes de los prestigiosos discursos escritos y de los letrados, una valoración negativa de sí, como inculto, ignorante, cuando no estúpido, pintoresco o risible.

Esa es la desgarradura cultural del campesino y la campesina ágrafa trujillana durante toda la República y cuyo panorama apenas empieza a cambiar en las postrimerías del siglo XX, en la agonía del segundo milenio, con la progresiva revalorización de nuestra autenticidad –que ya prefiguran no muy conscientemente Amílcar Fonseca, José Félix Fonseca en su cuento “El Chorote” o Américo Briceño Valero- pero que sí reinterpretan, unos más u otros menos, no sin contradicciones a veces, un Mario Briceño Iragorry, en *Los Riberas*, en *Alegría de la Tierra*, Víctor Valera Martínez, en *La Brisa viene de lejos* o Segundo Joaquín Delgado, en *Manajwana, Nuestra Tierra*, o en sus cuentos, constituyéndose –muy al contrario de lo que los no muy suspicaces lectores suponen- en los precursores e impulsores de una valoración propia y trascendente de lo trujillano.

En consecuencia, nuestros campesinos analfabetas, estaban ausentes de ese otro discurso autorreferencial que sus escritores construían, en esos textos a los que no accedían, y también en las obras de sus artistas que desconocían, por ejemplo, las de Salvador Valero, Josefa Sulbarán o Antonio José Fernández, quienes estaban haciendo, reivindicando lo mejor de su tradición oral, en oposición a la negación de sí.

Isidoro Requena aportará de entrada a su texto “Trujillo en sus novelas” su definición de Trujillo “como región histórica” y como “espacio social, histórico, cultural”, en el cual confluyen:

- Un medio natural, un espacio individualizado, confinado.
- Una comunidad de hombres, “enredados” étnica, social y políticamente.

-Un sistema de producción-circulación-consumo de bienes y servicios: tejido que cose hombres-hombres y hombres-medio.

-Comunidad que se cohesionan e identifica a través de lengua, valores, costumbres, religión, artes plásticas, música, literatura... y subyacente, la conciencia vinculante de un haz de símbolos y de códigos. (1992, 12)

Aún cuando hoy en día, la mayoría de los habitantes del Estado Trujillo, incluso en las zonas rurales, ya tiene acceso a la lectura y a la escritura, la falta de hábitos de su ejercicio, el desconocimiento y la insuficiente difusión de un canon de textos fundamentales para autorreconocerse, hacen que este discurso de autorreconocimiento siga siendo aún emergente y no dominante, como lo demuestran las ejecutorias educativas y culturales de muchos funcionarios y educadores, desconociendo su propio patrimonio cultural, execrando su propia memoria histórica y literaria.

Junto a este proceso de reconocimiento de sí y de redescubrimiento reflexivo de la propia identidad cultural, es que podemos situar el valor de la labor de Isidoro Requena, incluyendo los aportes del Centro de Investigaciones Literarias y Lingüísticas “Mario Briceño-Iragorry”, creado en marzo de 1987, con autores como Juan José Barreto o Luis Javier Hernández, entre otros, en el cultivo de la crítica literaria de autores trujillanos, que es una de sus heredades. Sólo en este contexto cultural regional es que podemos realmente valorar la trascendencia señera de sus intuiciones investigativas y de su obra.

### **La literatura como patrimonio histórico-cultural de Trujillo**

Es el inicio de la revalorización de nuestra literatura, también acompañado con el reconocimiento de la importancia de nuestra oralidad en los estudios lingüísticos, de Marifé González o Alberto Villegas, por ejemplo, que constituyen –para usar una metáfora común

y valiosa de nuestra tierra campesina- una yunta que hace cuatro décadas ha empezado a roturar la fertilidad de nuestros campos textuales –en el sentido de la semiótica- para su conocimiento, develamiento, interpretación y valoración de lo que somos, en lo que hemos escrito, y en lo que hemos dicho y decimos, en lo que hemos hecho y hacemos, en lo que hemos sentido y sentimos.

Es además importantísimo revalorizar esa empresa quijotesca de Isidoro Requena y otros investigadores –por la desmesura de su anhelo abarcador- y científica –por sus válidos fundamentos hermenéuticos, lingüísticos, literarios y semióticos- en todo su trascendencia y necesario cuidado, cuando desde lecturas simples y no muy suspicaces, se pretende desde el desconocimiento ahondar la fractura de muchos trujillanos con su patrimonio histórico, cultural y literario. Leer a los autores trujillanos es necesario para reconocer esos dos viajes que Isidoro Requena halla en la literatura trujillana:

Uno hacia dentro de sí mismo, hacia sus propios orígenes, a perderse en el fondo sin fondo del tiempo arcaico indígena y a abismarse en el claroscuro de las raíces hispanas (...) El otro viaje es espacial. Podríamos titularlo, con Briceño-Iragorry, “Por la Ciudad hacia el Mundo”. Es un viaje que parte de Trujillo buscando su inserción nacional, epicentro Caracas y su inserción en el mundo occidental, epicentro Europa. (...) Evidentemente, estos dos viajes están al servicio de la historia trujilana, buscando su “identidad narrativa”, arraigándola en sus cimientos e insertándola en totalidades mayores, la Patria y el Mundo. (1992, 44)

Cercenar la figura, la obra, el pensamiento y los desvelos de Mario Briceño Iragorry en la literatura y la cultura trujillana, por haber tenido relaciones de familiaridad y políticas con el Gomecismo –su tío Victorino Márquez Bustillos llegó a ser Presidente encargado de la República-, equivaldría a cercenar de la cultura y la literatura venezolana, a Andrés Bello por su fluida relación con el poder

colonial español –como lo muestran algunos de sus primeros versos donde se exalta a la corona española-, a Simón Rodríguez, por haber sido docente de la escuela colonial del ayuntamiento o cabildo caraqueño, o a Francisco de Miranda o a Simón Bolívar, por haber sido oficiales del ejército español. Se trata de una absurda, insostenible y obsesiva reducción de la complejidad de la vida de un hombre y de su pensamiento a fragmentos de sí. “Cada biografía personal es un circuito de pensamiento-lenguaje dentro de una historia global, de una biografía colectiva.” (Requena, 2000, 10)

El caso de Mario Briceño-Iragorry, acaso habría que estudiarlo reconociendo un proceso de maduración intelectual, que comienza en el estrecho horizonte de la dictadura gomecista, su condición ambigua de pertenencia marginal a las clases privilegiadas de la época, su evolución política progresista y antimperialista con el medinismo, posteriormente con la Unión Republicana Democrática en su alianza con el Partido Comunista de Venezuela para enfrentar al perezjimenismo y que lo llevará finalmente al exilio. Es un periplo intelectual que se testimonia en su escritura.

Para conocerme a mí mismo he buscado, pues, el hilo materno que me enlaza moralmente con el pasado de mi pueblo. Para saber quién soy y para saber lo que es la gran patria venezolana, tuve que empezar por buscarme a mí y por buscar mis raíces venezolanas en el suelo y en la historia de Trujillo (2007, 16)

El horizonte amplio y futurista que observa en el ocaso de sus días antes y tras el breve retorno previo a su muerte, nos hace reconsiderar una visión crítica del tiempo histórico que le tocó vivir y que esgrime como una especie de autojustificación de lo que pudieron ser algunas contradicciones de su juventud en su doble rol de intelectual y político, cuando exclama: “¡Felices los jóvenes que se han levantado en medio de la relativa independencia y altivez de los últimos años! “, y pasa a describir como en

su infancia la “lisonja política” al gobernante de turno, como él la denomina, era un rasgo constitutivo de la sociedad incluso en la escuela de primeras letras. (2007, 24)

En su labor hermenéutica de nuestra literatura y de la cultura regional, Isidoro Requena, tuvo la certeza de ubicar la obra y el pensamiento de Mario Briceño Iragorry, como piedra angular, hito, desde el cual impulsar los progresos de una senda para ser compartida por numerosos y sucesivos investigadores y equipos de investigadores en una obra común en el sano debate de las ideas, en la dialéctica del conocimiento. “Una lectura desde los escritos del Cronista de Trujillo, sobre los que se ha cimentado el Decreto 277, lo proscribió como personaje maldito. La otra lectura, en cambio, la da sitio de honor en la literatura trujillana.” (2009,55)

Es un deber ser para todo intelectual trujillano –en el sentido gramsciano del término- que incluye todo rol de algún liderazgo cultural e ideológico, conocer y reflexionar en torno a los textos de Mario Briceño Iragorry. Podrá hacerse la más ardiente lectura crítica, la más apasionada revisión de sus ideas, las que se quedaron atrás y las que nos acompañan y acompañarán, pero nunca –en juicio verdaderamente reflexivo- podrá desconocerse la monumentalidad y trascendencia de su labor, de su conocimiento raigal y de su compromiso con Trujillo. Su escritura es caracterizada por Isidoro Requena:

En primer lugar, tiene corazón y fachada, es decir, densidad de pensamiento y esplendor de lenguaje; debajo de un lenguaje sobrio y rico, anida una recia reflexión. Pensamiento seguro, sin vacilaciones, seriamente tejido, sobre el fondo de una matriz colectiva de pensamiento –porque pensar es integrarse en una tertulia-. Y, en consecuencia, escritura, más que subjetiva, dialogal. Por eso, los géneros a los que recurrió persistentemente fueron el artículo periodístico y la carta.

Escritura, en segundo lugar, que ha echado mano de la memoria y de la imaginación. Pasado y futuro –memoria y sueño- hacen de la obra de Mario Briceño Iragorry una equilibrada y rica amalgama de ideología y de utopía, de intención de integrar y, a la vez, de subvertir. A la imaginación y a la utopía las llamó soñar. (2009, 57)

Despachar a Mario Briceño Iragorry, sus textos, sus atinadas reflexiones, incluso sus contradicciones y errores, bajo cualquier excusa, es sólo pretextar la propia ignorancia. Recordándolo en sus afanes intelectuales podríamos afirmar que desde el memoricidio no se hace ni cultura ni patria. En el ámbito de las ideas políticas, de la historia, de la literatura, de la cultura y de la ciencia; los textos y las teorías, no se obvian, ni se borran ni se condenan, se leen, se critican, se abordan en la reflexión y debate, se superan y trascienden. Las obras futuras de la cultura se montan sobre los hombros de las obras pasadas no sobre sus cenizas e inmolaciones. ¿Cómo excluir y desoír a quien tanta vigencia posee en sus brillantes ideas?

Volvamos humildemente sobre nosotros mismos, y en lo nuestro, en nuestra tradición, en nuestra historia, en nuestro suelo agradecido, hallaremos la claridad que nos permita ver el verdadero rumbo de nuestro pueblo. Afinquemos nuestra voz sobre los valores de la vieja libertad garantizada por la autonomía de nuestro pan. (Briceño Iragorry, 2010, 136)

Pero la labor de Isidoro Requena, que incluye la revalorización plena de Mario Briceño-Iragorry y de muchos valiosos escritores y escritoras trujillanos, no podría justipreciarse sino se hace eco del sentido trascendente y del reto que implica para nosotros el dar continuidad a la tarea emprendida, con los aportes individuales de cada quien, pero por sobretodo con la labor colectiva y complementaria.

## Otros aportes de Isidoro Requena a la literatura y a la cultura regional

*Trujillo, en sus novelas* (1992) es una obra fundamental en la literatura y en la cultura trujillana, pues emprende un recorrido crítico por varias de sus principales novelas y novelistas, sentando una primera interpretación crítica, desde su preocupación por el pensamiento y el lenguaje, por una hermenéutica que posibilita la emergencia de lo textual con sus particularidades en el contexto de una cultura y de una historia regional.

Uno de los aportes más valiosos de Isidoro Requena, aparte de cartografiar las principales coordenadas políticas, económicas, sociales y culturales de Trujillo, es el empleo de la categoría de la hermenéutica del relato de Paul Ricoeur, “Identidad Narrativa”, que le permite realizar la exploratoria sobre el papel de los textos literarios en la cultura regional, sobre la literatura como forma de autorreconocimiento de una comunidad en que se entroncan historia y ficción.

La ficción se mete en la vida a través de su función de “significancia”, función que ejerce de dos maneras:

-Una “revelante”: “saca a la luz los rasgos disimulados, pero ya diseñados en el corazón de nuestra experiencia práxica”. Crea el mundo del texto, un mundo habitable y en el que desplegar nuestras potencialidades.

-La otra “transformante”: a través de la lectura la literatura retorna a la vida, es decir al campo práctico y pático de la existencia”. Esto exige “la confrontación entre dos mundos, el mundo ficticio del texto y el mundo real del lector” (Requena, 1992, 50)

Por su parte, en *La Voz Antigua de la Tierra* (1993) realiza un periplo esclarecedor por la novela “Los Riberas” de Mario Briceño-Iragorry, sintetizando su continua lectura e interpretación -tras más de una década de acuciosa investigación-, durante la cual ha impulsado, en sentido más general el proyecto

colectivo sobre la literatura trujillana, y en sentido más específico, el estudio sobre la obra de Mario Briceño-Iragorry.

También posee un claro sentido trascendente la publicación de la Biblioteca Trujillana de Cultura, la cual dio a conocer a autores fundamentales de la región, si bien llegaron a editarse sólo unos pocos números. En cierto modo ese tipo de iniciativa tardaría años en volver a intentarse, por parte de la Coordinación de Cultura del Estado, pero esta vez a través de un importante fondo editorial.

Se siente en los últimos años una revalorización coincidente en los estudios de nuestra literatura y de nuestra cultura en la que mucho tienen que ver el Centro de Investigaciones Literarias y Lingüísticas “Mario Briceño-Iragorry”, la Maestría en Literatura Latinoamericana, y el Museo de Arte Popular “Salvador Valero” de la Universidad de Los Andes, así como los Congresos de Historia Regional del CRIHES, a través de los Congresos de Historia Regional.

También han contribuido a este fortalecimiento cultural regional el Fondo Editorial “Arturo Cardozo” de la Coordinación de Cultura del Estado Trujillo, creado en el año 2001 por iniciativa del escritor trujillano Pedro Ruiz, así como la Bienal de Literatura “Ramón Palomares”, las sucesivas realizaciones de la Feria Internacional del Libro de Venezuela (FILVEN), eventos promovidos por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura y por la Red de Escritores de Venezuela, así como el marco valorativo de la cultura presente en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, en el Proyecto Estratégico “Simón Bolívar”, en la Ley Orgánica de Educación y en el Currículo Nacional Bolivariano.

Pero como la cultura no se decreta sino que es obra de los hombres y mujeres reales y danzantes en el tejido social, quizás lo más interesante de todo este proceso revitalizador de nuestra cultura –en el que

tanto debemos a Isidoro- es que hoy en día se percibe una creciente percepción afirmativa y creadora de nuestra cultura desde las propias entrañas de la tierra, desde nuestros más profundos cultores, desde nuestros hombres y mujeres de origen campesino, acompañado de un autorreconocimiento orgulloso de su trujillanidad.

Aún se batalla puertas adentro en las instituciones: escuelas, liceos, universidad, instituciones de cultura, por establecer un diálogo fecundo y fluido, entre nuestras más ancestrales tradiciones culturales que son el patrimonio cultural popular cuyo ámbito nutricional ha sido la oralidad, y las formas escritas que integran la literatura y la ciencia. Un diálogo de nuestros rostros en descubrimiento con los espejos adecuados de la pasión y de la razón. De alguna forma, el diálogo entre ese yo y ese nosotros, que leen y escriben los textos heredados y los que escribimos ahora, y ese otro yo y ese nosotros, que oyen y hablan las palabras de nuestros abuelos y abuelas.

En ese sentido, le debemos muchísimo a Isidoro Requena, y podemos tomar una palabra querida a Mario Briceño-Iragorry, - nótese que él no escribía co-terráneo, es decir, perteneciente a la misma tierra, sino que le gustaba subvertir la palabra en con-terráneo, que además, de ser de la misma tierra, parece indicar un sentido de compañía, de hermandad, como en el lejano vocablo aborigen de *cúicas* o *tiscachic*, que significarían “hermanos”. A Isidoro Requena, sin lugar a dudas, lo podemos llamar con justeza, un con-terráneo que nos ha ayudado a con-textualizarnos. Culminamos con sus propias palabras: “Hay una inmortalidad que no es la de las religiones, sino la de la sociedad, la inmortalidad ciudadana. Los mortales perviven en la inmortalidad del recuerdo por sus obras y por su escritura.” (2009,55)

Notas:

- 1 Para esta versión del mito o mitos del Caté y del Hicopé, hemos tomado, el primero de ellos, de la fuente oral, en San Lázaro, de

la señora Juana Araujo, que forma parte del corpus de la investigación sobre oralidad que la maestrante Ana Virginia Gil realiza en el Municipio Trujillo, y el segundo, del escritor sanlazareño Isidro Morillo, quien realizó una versión de este y de otros cuentos maravillosos populares.

Referencias bibliográficas:

- Briceño-Iragorry, M. (1972) *Mensaje sin destino*. Monte Avila Editores Latinoamericana. Fundación “Mario Briceño Iragorry”. Caracas.
- Briceño-Iragorry, M. (2007) *Mi infancia y mi pueblo. Evocación de Trujillo*. Fondo Editorial “Arturo Cardozo”. Trujillo.
- Briceño-Iragorry, M. (2010) *Alegría de la Tierra*. Casa Nacional de las Letras “Andrés Bello”. Fondo Editorial Domingo Miliani.. Caracas.
- Requena, I. (1992) *Trujillo en sus Novelas*. Biblioteca Trujillana de Cultura. Valera-Trujillo.
- Requena, I. (1993) *La Voz Antigua de la Tierra. (Los Riberas, de Mario Briceño Iragorry)* Biblioteca Trujillana de Cultura. Valera-Trujillo.
- Requena, I. (2000) *La Literatura Experiencia de Pensamientos. En Revista Cifra Nueva. Enero-Julio, 2000. N° 11. (pp, 9-16).*
- Requena, I. (2009) *Escritura memoriosa. En Revista Cifra Nueva. Julio-Diciembre, 2009. N° 20. (pp. 55-59).*